

HEMEROTECA
MUNICIPAL

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Bar-
celonés de Obreros de San José; debien-
do dirigirse la correspondencia al Presi-
dente del Círculo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año. 10 reales
Números sueltos. 1 »
Por cada diez suscripciones que se pro-
porcionen se dará una gratis.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; Riera de San Juan, 6, 2.º y
en todas las librerías católicas de España.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

Nuestra fiesta del dulcísimo nombre de María.—A los hombres de bien. *La cru-
zada del honor.*—¡No haremos nada!; No toqueis esto: es una libertad; La degra-
dación de la palabra; Diferente forma de bla-femia; Blasfemadores públicos; Blas-
femos por costumbre; Una advertencia de San Gregorio Niceno; Oración ofrecien-
do á Dios la Santa Comunión para expiar el crimen de las blasfemias públicas y
privadas; Protesta de no afiliarse á las sectas secretas; Oración por la conversión
de los blasfemos.—Sección bibliográfica.—**Buenos ejemplos.**—Los Círculos Cató-
licos de Obreros en Aragón.—El libre-pensador y la monja.—**Miscelánea.**—La Ma-
rinera.—Buena confesión.—El Secreto de la Confesión.—Consejos á los obreros
sobre la educación de sus hijos.—Anuncios.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Debemos recordar á nuestros amigos que
cada primer domingo de mes, á las 8 de la
mañana, se celebra una misa en el altar del
Sacramento de la parroquia de Santa Ana, en
la que reciben la comunión varias personas
adictas á la Obra de la extinción de la blasfe-
mia, cuya comunión ofrecen en desagravio á
S. D. M. y como acto de expiación.

El mismo primer domingo, á las 4 de la tar-
de y en el local del Círculo, Riera de San Juan,
6, 2.º, se reúne la Sección de Propaganda, á la
que pertenecen los señores eclesiásticos, pro-

fesores, jurisconsultos y demás de carrera lite-
raria, propietarios, etc.

El segundo domingo, en el propio local y á
la misma hora, se reúne la Sección de Indus-
triales, á la que pertenecen los que se dedican
á la fabricación, al comercio y á la industria.

El tercer domingo, también á igual hora y
en el propio local, se reúnen los que pertenecen
al ramo de construcción, señores arquitectos,
maestros de obras, carpinteros, albañiles, etc.

Todas estas sesiones tienen carácter públi-
co, pudiendo asistir personas que no perte-
nezcan á la Obra, pero que estén conformes
con el espíritu que la anima.

NUESTRA FIESTA DEL DULCÍSIMO NOMBRE DE MARIA



os disponemos á celebrar nuestra fiesta del Dulcísimo Nombre de María.

La solemnidad con que lo verificaremos en el presente año es menester que no demerzca en nada de la que desplegó la Pia-Unión en los años anteriores.

La obligación que tenemos como creyentes de trabajar en favor de la gloria de Dios es hoy tan imperiosa como lo era cuando se estableció nuestra institución, con tanto celo y tanto entusiasmo.

Si este celo, si este entusiasmo decayese, sería una vergüenza para nosotros.

Las obras inspiradas por el espíritu mundano comienzan con mucho ruido para decaer muy luego: no debe suceder así con aquellas que alimenta el espíritu de fé.

Si nos sentimos débiles ante la gravedad del mal, si la gritería que levanta la blasfemia nos impone, si en la lucha contra la impiedad encontramos frente á nosotros tantos agentes y tantos cómplices, unidos por un mismo espíritu de caridad reunámonos en el templo de Dios el día del Santo Nombre de María, tomemos parte en el grandioso himno de alabanza á la Madre de Dios que resonará el domingo, día 9 de Septiembre, do quiera que se levante un templo católico.

Que la Comunión que se celebrará en Santa Ana, á las siete y media de la mañana sea concurrida como los demás años. Es una cita que Jesucristo nos dá junto al altar: que no falte á ella ninguno de nosotros; procuremos conducir allí á otros que se asocien á nuestra obra y juntos participaremos de la Eucaristía, del Pan de los fuertes, juntos recibiremos las fuerzas que nos hacen falta para luchar con los enemigos del santo nombre de Dios.

Y por la tarde del propio día volvamos á reunirnos para oír la palabra divina, que predicará un sacerdote lleno de celo; y que la procesión sea un acto de fé, á la par que una protesta solemne contra el crimen horrendo de la blasfemia que atrae sobre individuos y naciones los anatemas divinos.

Á LOS HOMBRES DE BIEN LA CRUZADA DEL HONOR



EL lodo de errores y deshonras que constituyen la impiedad sale esa palabra repulsiva que desgarrá nuestros oídos, la repugnante palabra del blasfemo.

La blasfemia es un eco del infierno. Si no hubiese infierno, no habría blasfemos. El ateísmo no bastaría para producirlos. Si el ateo pretende que Dios no existe ¿por qué ha de blasfemar contra él? No; esa teofobia, esa rabia contra Dios que se da á conocer por medio de la blasfemia en seres desgraciados que constituyen la hez de la humanidad, no puede venir sino del infierno.

Preguntadle á uno de esos desventurados cuándo fué que sintió que su lengua quemaba con un calor producido por un fuego que no tiene su explicación en ninguno de los sentimientos del hombre y ni siquiera en ninguno de sus instintos, y cuando de ese calor salió la chispa de la blasfemia. Si no quiere mentir os dirá que esto no sucedió mientras respiraba el puro ambiente de la piedad y de la ternura en el seno del hogar, junto á una buena madre. Fué en compañía de ciertos amigos, en ciertos focos de corrupción, donde se respiraba un aire infernal; tras de horas vergonzosas vinieron palabras de blasfemia. Sí, en aquellas horas de orgía, entre aquel cieno, es dónde apareció la blasfemia.

Hay pecados que tienen su explicación en la embriaguez del placer, en la ceguera del orgullo, en las miserias del egoísmo; la blasfemia no tiene ni siquiera un pretexto.

Lo repetimos: la blasfemia es un eco del infierno: no puede ser otra cosa.

Y la blasfemia es una ignominia de nuestro tiempo; y es, sobre todo—triste es tener que confesarlo—una vergüenza de nuestro país.

Si lo reconocemos así, la fé, el patriotismo, la hombría de bien, todo nos señala nuestro deber y nuestro deber imprescindible.

Es menester que levantemos una cruzada; pero una gran cruzada que esté en armonía con la gravedad del mal; que acumulemos en la mayor proporción posible voluntades y elementos; que llamemos á todas las puertas. Que en favor de esta cruzada, que no es solo la cruzada de la fé, sino de la honra, trabajen los hombres de prestigio, de carácter, haciendo valer, para la extinción de ese incendio de la blasfemia, cuyo humo está asfixiando á esas masas obreras, á ese pueblo trabajador, antes tan honrado y tan creyente; que hagan respetar el derecho de tales los hombres de autoridad, los jefes de taller, los cabezas de familia.

Hay escritores que venden su pluma á la blasfemia. En la prensa se trafica con la blasfemia, y todos

los días, á todas horas salen esos periódicos, esas hojas, esos libros destinados á envenenar el aire, á hacer circular por todas partes, por la plaza pública, por el taller, hasta en el seno de la familia, hasta en la escuela los miasmas satánicos de la blasfemia. Si hay hombres de talento, que esa riqueza tan preciosa del genio que les ha dado Dios con harta prodigalidad, lo emplean en odio á Dios ¿no habrá otros hombres de talento que lo empleen para la gloria divina?

Que se escriban hojas, folletos, que se propaguen con difusión; que lo que no pueda el esfuerzo individual lo logre la acción mancomunada.

¿Y por qué no se ha de emplear también para esto el dinero? ¿Es de tal naturaleza que puede utilizarse para todo menos para el bien?

Se invierte en el placer, se derrama oro y más oro para que el hombre se rodee á sí mismo de cierta aureola brillante y ¿no se gastará alguna moneda para reparar la honra de la divinidad?

¡NO HAREMOS NADA!

—¡Pero el mal es tan inmenso, reviste proporciones tan colosales, está tan arraigado en las costumbres públicas! ¡No haremos nada! se dice.

¡No haremos nada! He aquí la eterna frase de la pereza, del egoísmo!

Decir ¡No haremos nada! prueba que no hay celo en nuestro pecho, y que si hay fé en nuestro espíritu, no puede ser sino una fé estéril.

No haremos nada no debe decirlo nunca ni el hombre de fé, ni siquiera el hombre de corazón.

Esta frase desgraciadamente no la pronuncia la impiedad. Encontró la Europa, y en especial nuestra nación, muy creyente: católicos eran sus gobiernos, sus instituciones, su pueblo, sus costumbres; y en vez de decir: *No haremos nada*, dijeron: Trabajemos, y trabajaron con harto éxito, debido tal vez á la complicidad de nuestra apatía. Primero no eran más que unos pocos; se constituyeron en sociedad secreta, se reunieron en las tinieblas del club ó de la logia masónica. Hoy son una legión, un ejército imponente.

Si al hacer el cálculo de elementos humanos os amilanais, si ante lo muy imponente de las fuerzas de la impiedad os sentís y os declarais vencidos rindiéndolos á discreción, los que tenemos fé sabemos que *nada es imposible al que cree*.

Cuando Jesucristo dijo á unos pobres pescadores de la Galilea, sin prestigio, sin ilustración y sin dinero: «Id á la conquista del mundo;» si en presencia de aquel mundo lleno de templos paganos, que tenía de parte de los ídolos el poder de los emperadores, la fascinación de los oradores, de los poetas, de los artistas, el prestigio de los sabios, el oro de los ricos, el entusiasmo de las masas, hubiesen dicho: *No haremos nada*, el mundo aún estaría por convertir. Si San Vicente de Paul en presencia de las preocupa-

ciones de su siglo hubiese dicho: *No haremos nada*, hoy el pobre expósito no tendría una madre en la Hermana de la caridad; ni el enfermo abandonado de su familia, en un rincón de hospital tendría quien curase sus llagas y recogiese su postrer suspiro. Si el misionero, al contemplar la inmensidad del Oceano dijese: *No haremos nada*, los pueblos salvajes no abrirían sus ojos á la luz de la civilización verdadera.

—Pero aquí teneis, se continúa diciendo—una asociación que se ocupa en combatir la blasfemia ¿y qué hace?

¿Qué hace? Logra que en muchos talleres, en muchas obras donde se blasfemaba hoy no se blasfeme; que multitud de trabajadores que se reunían el domingo en el café ó en la taberna para blasfemar ú oír blasfemar, hoy se reunan en el local del Círculo de obreros donde reciben enseñanzas altamente instructivas y provechosas, donde aprenden á ser honrados y cristianos; que se hayan repartido muchos millares de hojas, de folletos, en los que se condena la blasfemia; que en centenares de viviendas se lea como una protesta de fé: «Esta casa es cristiana: Aquí no se permite blasfemar» que se hagan mensualmente muchas comuniones, que se recen diariamente muchas plegarias como expiación para aplacar la justicia de Dios.

No nos envanecemos de nuestra obra. Más se habría podido hacer sin el retraimiento de unos, la indiferencia de otros, los prejuicios de muchos. Pero algo se lleva hecho.

Téngase presente que Dios lo que nos exige es nuestra acción, nuestro esfuerzo personal á medida de nuestros recursos. No nos pedirá cuenta del éxito si nosotros por nuestra parte hemos puesto cuanto habíamos de poner.

NO TOQUEIS ESTO: ES UNA LIBERTAD.

Mucho se grita en favor de la libertad de la palabra. Si se tratase de la palabra que se emplea en beneficio del bien, en defensa de la verdad, en favor de la justicia, del derecho, esta es una palabra que debe ser libre; nosotros nos gloriamos, como católicos, de ser apóstoles de esta libertad.

Pero no es esto lo que se quiere. Cabalmente esta palabra del sacerdote, del hombre de celo que eleva el espíritu por medio de la fé, que sostiene al mortal en la hora de los desengaños de la vida abriéndole los horizontes de las esperanzas eternas, que defiende los sagrados derechos del alma y de la conciencia cristiana, esa palabra contra la que nada habrían de intentar jamás los poderes humanos, es la única á que el despotismo de la impiedad triunfante pone cortapisas.

La palabra es un don muy precioso, una facultad muy augusta, y el blasfemo la emplea para insultar á Dios. ¡Y esto se llama un derecho; se sostiene como una libertad! Se quiere que el hombre tenga derecho,

de palabra y por escrito de insultar á Dios, á los héroes más eminentes de la Religión, á las doctrinas y á las instituciones religiosas. Y se nos dice: No toqueis esto; es una libertad, y una libertad indispensable en la cimentación de la civilización moderna. ¡Brava civilización!

No; el insultar á Dios en su persona, en su santo nombre, en sus atributos, en sus manifestaciones, esto no es una libertad, si libertad significa derecho; esto es la degradación, el envilecimiento de la palabra.

Es menester, pues, que los católicos revindiquemos la dignidad, la nobleza de la palabra; que su libertad se ejercite dentro de las grandes, de las armónicas leyes del universo; uniéndose á ese grandioso himno de gloria al Criador que resuena en todos los ámbitos de la creación. Trabajemos con celo, con inteligencia, con constancia en ahogar el grito vergonzoso de la blasfemia, que es en este concierto de la creación una nota discordante que tiende á destruir las armonías de la naturaleza que en su conjunto, como en sus detalles cantan la grandeza, el saber y la gloria del Sér Supremo.

LA DEGRADACIÓN DE LA PALABRA.

¡La palabra! Ella resume cuanto hay de noble y de grande en el hombre, en su entendimiento, en su corazón.

«La palabra humana es la imagen del Verbo divino» dice San Atanasio. (*Orat. II contra Arrianos.*)»

El P. Bernardo era un sacerdote tan celoso como humilde que, á pesar de que inspirado por su espíritu de caridad, realizaba obras las más admirables, tenía costumbre de decir:—Yo no soy más que un *pobre cura*. Las gentes acabaron por llamarle *El pobre cura*. Buscando corazones extraviados para conducirlos al buen camino, solía ir á las cárceles, imponiéndose la difícil tarea de convertir á hombres endurecidos en el crimen. En *Fort l' Eveque* había un preso que tenía siempre la palabra de la blasfemia en la boca. *El pobre cura* cada vez que le oía blasfemar corría hacia el desgraciado criminal, con palabras las más insinuantes procuraba persuadirle de su mal proceder, trataba de hacerle comprender que era una torpe perfidia el emplear contra Dios aquella lengua que de Dios había recibido, que era una perversidad insultar al buen Dios de quien recibimos tantos favores, que de la blasfemia no se saca provecho alguno. Estas advertencias no lograron sino irritar más y más al blasfemo, que juraba que tan pronto como saliese de la carcel había de matar al *pobre cura* que le tenía muy enojado con sus continuos sermones. El Padre Bernardo no cejó, y al fin obtuvo la conversión de aquel infeliz que acabó por ser todo un hombre de bien y un excelente cristiano.

El hombre siente brillar en las intimidades de su

sér, dentro de su pensamiento una idea luminosa, un concepto fecundo, y esta idea le aparece viva, robusta en el santuario del alma, allí la contempla, de las alturas del espíritu descendiendo al corazón que robustece aquella idea, que le da vigor, y al fin aquella idea, aquel concepto, aquella aspiración, aquel sentimiento sale al exterior por un acto comparable al del Eterno en el primer día de la Creación. Si es una idea ó un sentimiento generoso, digno del hombre, esta palabra se manifiesta en rayos luminosos, y con ella se proporcionan horas de felicidad en el hogar, oleadas de ternura en el seno de la familia; á veces con una de esas palabras se conmueve á un inmenso auditorio, se empuja á un ejército hacia el camino de la victoria.

La palabra de unos pobres pescadores de la Galilea al recorrer el mundo iba realizando en él la transformación más completa y más admirable.

¿No habeis experimentado el efecto de una de esas palabras que salen de un alma grande, de un corazón delicado? Al oír una de esas palabras que brotan de un espíritu noble, puro, casi podríamos decir divinizado, sentís que se abren ante vos horizontes nuevos, percibís un mundo de tesoros que no sospechabais siquiera, y gozais del espectáculo más magnífico en que el hombre puede recrearse en la tierra; el espectáculo de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, alumbrado por unos reflejos que vienen del cielo.

La palabra es una luz que se proyecta de un alma á otra alma; por medio de la palabra se establece una corriente de vida intelectual ó moral entre seres destinados á comprenderse; la palabra es un eco que repercute en la región más elevada del mundo, en el pensamiento; es á veces una fuente de inspiraciones generosas é improvisa oasis los más halagüeños en esas llanuras de la existencia humana, que serían tan tristes y tan insalubres si no se respirase el aire de palabras salidas de las almas buenas.

¡Cuántas veces una palabra perfumada con el bálsamo de la caridad ha refrescado nuestro espíritu y nuestro corazón en horas de aridez para nuestra vida, ha cicatrizado heridas que llegaban á lo más íntimo de nuestro corazón!

¡Qué fortuna en ciertos momentos de crisis encontrar un alma fiel, que por sus virtudes nos inspire plena confianza, que fortuna, digo, poder revelar ciertos misterios íntimos de nuestro sér, poder descubrir llagas del corazón que manaban sangre y que ocultábamos á todas las miradas, y sentir una palabra buena que caía como gotas divinas de otro corazón lleno de caridad á manera de un elixir fabricado en el cielo!

«Recuerdo, dice monseñor Landriot, haber tenido la dicha de conversar algunas veces con personas cuyo espíritu era semejante á un templo, donde se levantaban las verdades á manera de grandes y bellas esculturas. Percibía entonces un sentimiento de veneración, mezclado de sorpresa y de santa curiosi-

dad. A medida que hablaban me parecía ver levantarse nuevas estatuas llenas de noble belleza y de gracia, que subían á su pedestal una tras de otra; entonces las comparaba en conjunto, y las veía todas talladas con el mismo cincel, el más fino y el más ejercitado; cada una de ellas era una obra acabada en su género, y juntas venían á constituir á modo de un precioso museo.—Finida la conversación, veníame á la mente la frase del filósofo: Cuando el sabio habla, entonces abre su alma como se abre un templo... ¿No es por otra parte esta la idea cristiana? ¿El corazón humano no es por ventura el templo de Dios? Y cuando un alma justa se entreabre por medio de la palabra, cuando el alma de un santo penetra por la luz íntima de sus discursos hasta lo más recóndito de nuestro sér, ¡qué cuadro tan bello, tan encantador! ¡Qué colección tan rica de estatuas de oro, símbolo de todas las virtudes! ¡Qué corona tan brillante de lámparas misteriosas, emblema de verdades ocultas, de verdades sublimes de que el mundo no es digno, y que Dios revela á los hombres de buena voluntad!

Pero el hombre abusa desgraciadamente de todo, de la fuerza, de la belleza, del talento y hasta de este don precioso de Dios que se llama la palabra, y abusa contra Dios mismo, lo emplea para injuriarle; y la palabra, esa cualidad del sér pensador que eleva al hombre sobre los irracionales, el blasfemo la hace servir para ponerse al nivel de los espíritus infernales.

Un celoso predicador al oír que unos chiquillos entregados al juego estaban blasfemando, se acercó buenamente á ellos y les dijo:—Mirad, niños, ¿no es cierto que si oís á uno hablar español direis: la patria de éste que habla español debe ser España? Y de uno á quien oyeseis hablar francés diríais que su patria es Francia, ó que es Inglaterra la de aquel á quien oyeseis expresarse en inglés ¿No es verdad, esto, hijos míos?—Si, señor, le contestaron ingenuamente aquellos muchachos, que no acertaban á comprender qué pretendía el cura con semejante observación.—Pues si esto es verdad, prosiguió diciendo, yo debo advertiros, estimados niños, que os he oído blasfemar y el idioma de la blasfemia no es el de un país cristiano. De manera que vosotros pertenecéis á un país católico, y sin embargo, no habláis la lengua de una nación católica. Esta lengua de la blasfemia es la que se habla en el infierno; allá no conocen otra; de manera que vosotros, á juzgar por vuestra lengua, debeis ser de allá. En un país cristiano habeis de ser tenidos por forasteros, y si habláis la lengua que se habla en el infierno será menester que os vayais á vuestra tierra; y allí acabaría por conduciros la justicia de Dios.

DIFERENTES FORMAS DE BLASFEMIA.

Así como en las cumbres más eminentes de la palabra humana hay la oración, aspiración nobilísima

del espíritu hacia lo inmortal y lo divino; en el más bajo fondo de esa palabra humana, exhalando la fetidez de los instintos más groseros hay la blasfemia. La oración y la blasfemia son dos polos opuestos: nada más elevado que esa palabra de la oración que el hombre dirige á Dios acercándose á El, ni nada más abyecto que esa otra palabra de la blasfemia con que la criatura racional, por un misterio de perversidad inconcebible, insulta á su Criador, á Aquel á quien le debe la vida, la razón, la inteligencia, todo lo que tiene.

Mezquina es la palabra del miedo que formula el cobarde faltando á su deber; ruin es la palabra del odio que pronuncia el vengativo, criminal es la palabra de apostasía que pronuncia el infeliz que hace traición á sus creencias y á sus sentimientos; pero por debajo de todo esto, la más vil, la más miserable de todas las palabras es la blasfemia.

La palabra blasfema no es la expresión ni de una idea, ni de un sentimiento, ni siquiera de un instinto excusable.

Un hombre se ve contrariado, se halla frente á frente de una fuerza que se le resiste, que no acierta á dominar. Lo racional sería que al sentirse impotente reconociera su propia debilidad; pero en el despecho producido por esa impotencia, el desgraciado, que no puede vencer á una criatura, se revuelve furioso contra el Criador y pronuncia un *voto*, á manera de una maldición, á cuya palabra añade el santo nombre de Dios, el de Cristo, el de la Sangre del Salvador, el de la Hostia santa... ¡Qué horror y cuanta imbecilidad! Esos nombres sagrados que el creyente pronuncia de rodillas como un eco del cielo, el blasfemo los pronuncia obedeciendo á una inspiración satánica. A esto se llama *Blasfemia execratoria*.

Durante la primitiva época cristiana un Prefecto se empeñó en obligar á un venerable viejo, San Policarpo, á que pronunciara una blasfemia contra Cristo.—Tengo ya ochenta años, respondió el buen anciano; en este largo período he servido constantemente á Cristo, á quien reconozco por mi Dios y Señor; no me ha hecho ningún mal; muy al contrario, he recibido de él muchos bienes, ¿cómo quereis, pues, que yo á mi edad manche mis canas con una ingratitud incalificable, maldiciendo á Aquel que me ha proporcionado tantas bendiciones? ¿Con qué cara podría mirar yo á ese Dios que ha sido para mí tan bondadoso?

La blasfemia no consiste únicamente en esas palabras brutales que contienen un insulto á Dios; además de la blasfemia execratoria, hay la blasfemia llamada enunciativa. Consiste en levantarse contra Dios atribuyéndole cualidades indignas de la divinidad.

Senaquerib, rey de los Asirios, orgulloso con sus conquistas, conociendo la inferioridad de fuerzas de Ezequías, que ocupaba el trono de David, resolvió apoderarse de sus Estados. Al ocupar las tropas de

Rabsaces, general de Senaquerib, las alturas de Jerusalén, Ezequías le mandó emisarios con proposiciones de paz.

Rabsaces les intimó la rendición con estas palabras, en que van mezcladas blasfemias, en las que el Dios de Israel es igualado á los falsos ídolos:—«Esto, dice el gran Rey, el Rey de los Asirios: ¿qué confianza es esta en que estais?.. ¿Por ventura esperais en Egipto, que es un bastón de caña quebrada, sobre el cual si un hombre se apoyare, rompiéndose, se le hincará en la mano y se le horadará? Que sí me decís: Nosotros la esperanza la tenemos en el Señor Dios Nuestro, no querais escuchar á Ezequías que os engaña, diciendo: El Señor os libraré. Por ventura los dioses de las gentes han librado su tierra del poder del rey de los Asirios? ¿Dónde está el dios de Eusat y de Erfat? ¿Dónde el dios de Sefarvaím, de Ana y de Ava? ¿Libraron acaso á Sandria de caer en mi poder? ¿Cuáles son entre todos los dioses de la tierra los que han salvado su región de caer en mis manos, para que el Señor pueda librar á Jerusalem? (*Libro iv de los Reyes, cap. XVIII.*)

En nombre del rey de los Asirios se había blasfemado del Dios verdadero, negándole su poder y equiparándole á los falsos dioses; pero sucedió que Senaquerib, vencedor en todas partes, se levantó una mañana y contempló los cadáveres de ciento ochenta y cinco mil soldados, y él mismo, más adelante pereció asesinado por sus hijos al pie del altar, en donde adoraba una de las falsas divinidades.

Hay hombres que experimentan un contratiempo, un infortunio, y por lo mismo que no ven las cosas sino desde el horizonte harto limitado de su egoísmo, en vez de manifestar esa grandeza de alma que consiste en luchar con la adversidad, poniendo en juego las energías del espíritu, entre ellas la paciencia, la resignación, el sacrificio, se sublevan contra Dios á quien acusan de cruel, de tirano sólo porque no arregla las cosas á medida de su interés personal.

La blasfemia reviste otra forma: la de negar á Dios sus atributos. Es una blasfemia el empeñarse en desconocer la Providencia divina, el pretender que Dios permanece en las alturas de su cielo sin cuidarse de lo que pasa en la tierra, el poner en duda su bondad, su misericordia, su justicia ó su sabiduría.

El arzobispo de Lión, Pedro de Pinac, se hallaba aquejado de una enfermedad mortal. Tenía junto á la cabecera de su cama á un religioso que procuraba alentarle con reflexiones sobre la resignación cristiana. Un día estaba diciendo al venerable paciente:—La Providencia divina obra con nosotros como un médico respecto á un enfermo. Mientras hay esperanza de curación acude á medicinas amargas, á una dieta severa, á operaciones dolorosas. Dios, médico de las almas, tiene también su terapéutica. Envía al hombre tribulaciones, enfermedades; pero es cuando ve que la enfermedad tiene remedio. Pero cuando el pecador, por su propia perversidad, se manifiesta in-

curable, entonces sucede lo que con el enfermo con el que se ha perdido toda esperanza; entonces se le dice que tome todo lo que le apetezca. Hay en el mundo, añadió, muchas de estas almas incurables á las que Dios les permite que lo tomen todo, riquezas, honores, placeres.—Refirióse el símil al duque de Birón, hermano del enfermo, y el duque, con un tono de viejo escéptico contestó:—Pues ya quisiera yo que de esta manera Dios me tratase como incurable.—Dios por mucho tiempo le trató de esta manera; pero el duque acabó con la muerte que se daba á los traidores.

Había en Nápoles un pobre obrero que, como tantos otros, en vez de acudir á la Providencia divina, se desahogaba en torpes blasfemias expresando así su desesperación. San Jerónimo Emiliano hizo de aquel trabajador otro de los objetos de su celo caritativo. El Santo le reprendió por sus blasfemias; pero era ya el blasfemar en aquel trabajador un hábito inveterado y le costaba el corregirlo. Cuando con su trabajo no podía subvenir las necesidades de una numerosa familia, Jerónimo le procuraba abundantes limosnas para sacarle de sus apuros. Se encontraba un día sin trabajo y por consiguiente sin un mendrugo de pan que dar á sus hambrientos hijos... Y el santo varón no viene! se decía: Qué desgraciado soy. ¡Tendré que contemplar á mi esposa y á mis pobres pequeños como se mueren de hambre... y no quiere que blasfeme! y entonces salían de su boca terribles imprecaciones. Mientras las estaba profiriendo llaman á la puerta de la casa. Era el Santo que estuvo oyendo á su protegido, el cual fué á abrirle confuso la puerta, esperando una fuerte y merecida reprimenda. El Santo no le dirigió el menor reproche; le entregó un importante donativo y se limitó á decirle: Hay una Providencia que viste hasta á las aves del cielo y los lirios del campo. Pedidle con humildad, resignado y paciente el pan de cada día. No cometais la insensatez de blasfemarle ni aún en las horas de angustia, porque Dios prueba, pero no abandona á sus hijos.—El obrero besó la mano del santo con lágrimas de gratitud que lo eran también de arrepentimiento.

Hay otra forma de blasfemia: consiste en poner á las criaturas al nivel del Criador. En la insensatez de querer elevar á ciertos hombres se les ha llegado á llamar nuevos Mesías, Redentores de la humanidad. El amor sensual en sus locos apasionamientos habla de rendir culto de adoración á criaturas de carne, ante las que esos ídoltras del placer sensual se postran de rodillas, las califican de divinidades y dicen que ven en ellas una belleza toda divina.

Hay además la *Blasfemia deshonorosa*. El blasfemo, en su locura tiene la insensata pretensión de querer deshorrar á Dios mismo. No niega ninguna de las cualidades divinas; pero ultraja á la divinidad en esas mismas cualidades, se vale contra ellas del sarcasmo. La Providencia de Dios, interviniendo en la marcha del mundo, es objeto de sus mofas, se burla del in-

fierno y de sus penas eternas, insulta á la divinidad hasta en la grandiosa obra de la Redención del linaje humano, envuelve en el ridículo los milagros de Jesucristo, obra inapreciable de su amor y de su omnipotencia.

Nadie como Voltaire había hacinado por medio del sarcasmo tantas blasfemias. Escribía un día á un amigo suyo de impiedad: «Dentro de veinte años se sabrá que al *infame* le hemos jugado una mala treta.» Al cumplir veinte años, día por día, Voltaire espiraba entre accesos de rabia, devorando sus propios excrementos.

BLASFEMADEROS PÚBLICOS.

Además de la blasfemia hablada hay la blasfemia escrita. Esta tiene sobre aquella el que no puede excusarse con la precipitación y el aturdimiento. Lo que se escribe se medita más, se hace más á sangre fría.

Y cuando se blasfema por medio de la prensa, entonces sus resultados son espantosos.

La verdad es que hay imprentas que echan continuamente á los cuatro vientos blasfemias y más blasfemias; hay periódicos convertidos en blasfemaderos donde los aquejados de esa enfermedad satánica que es el odio á Dios, van á echar allí lo que sale de sus almas putrefactas; y el pueblo respira el aire apesta-do que sale de esas cloacas; aire que le envenena, que le mata el alma, que le ofusca las luces de la fé, que le arrebató las grandes y salvadoras esperanzas para echarle impotente, sin acción, á los pies de esos embaucadores que ayer le explotaban en nombre de la política de partido y hoy tratan de convertirle en agente de la anarquía y de la destrucción social.

En esos blasfemaderos se echa mano de todo. La ciencia, la historia, el arte: se invocan falsamente estos augustos nombres. Se habla de la ciencia y se dice que no deben admitirse para toda verdad más datos que los que ella proporciona, que Dios es una hipótesis que la ciencia no ha comprobado; que al hacer la anatomía del cerebro no se ha encontrado allí el alma. Se hace intervenir la historia en esta vasta conspiración desfigurando sus hechos, pervirtiendo su sentido. Se procura que la elocuencia, con sus arranques, que la literatura esté al servicio del escepticismo, sembrando la duda en todas partes; se emplean las galas del estilo para que por medio de novelas, de dramas se descienda hasta el fango de un sensualismo el más repugnante, tratando de obscurecer el puro cielo del espiritualismo cristiano.

Y no es ya solo en libros, en revistas, donde se ataca cuanto hay de más sagrado; es en hojas sueltas, en periódicos que llegan á tener una funesta publicidad. Los hay en que cada artículo, cada gacetilla es una blasfemia. Cualquier rumor, por inverosímil que sea, contra un eclesiástico, contra una religiosa, lo acojen, lo comentan con fruición, lo revisten de

colosales proporciones, sin más precaución que la de poner alguna palabra equívoca que le sirva de escudo para evitar la acción de los tribunales, si á esos desgraciados periodistas se les demanda de injuria ó de calumnia. El falso hecho se rectifica, pero ellos no lo hacen nunca, ó cuando más, lo hacen de un modo artificioso que destruye todo el efecto de la rectificación. ¿Se descubre una piedra con caracteres ininteligibles, un pedazo de hierro; se cree haber encontrado un fósil? Pues vengan los tenidos por eruditos; que se desmienta á Moisés; que se rehaga la historia. ¿Resulta después que aquel hierro no es más que la punta de una lanza, que aquellos caracteres tienen un significado muy distinto de lo que se creía, que aquel hombre fósil no es un hombre? Entonces silencio; nada de retractación; la impresión ya se ha producido, ya se han desmentido las Sagradas Escrituras; la blasfemia queda en pie. En esos periódicos el nombre de Dios, de Providencia, de cielo, de infierno, no se escribe sino entre ironías las más insolentes; la confesión se describe como un acto de imbecilidad; la voz de Dios manifestada por medio de la conciencia es una preocupación; el sacerdote un explotador ó un ignorante.

¿Qué viene, qué puede venir en pos de esas blasfemias? Hombres que ayer creían en Dios y hoy no creen; cristianos que se mofan de su religión, católicos enemigos del Papa, del clero, de los institutos religiosos, corazones jóvenes, cuya piedad, cuya ternura se ha marchitado al leer esas novelas ó presenciando esos dramas.

Al lamentar los escándalos que se dan con esa prensa vendida á la blasfemia tenemos que preguntarnos si es ella la visión apocalíptica de San Juan, en sus capítulos XIII y XVII en que nos describe una bestia monstruosa, llena de nombres de blasfemia. San Juan dice que el dragón le proporciona un inmenso poder; se le ha dado la boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar el nombre de Dios y de su tabernáculo y de aquellos que moran en el cielo.

BLASFEMOS POR COSTUMBRE.

Hay blasfemos que creen poder excusarse alegando el tener una costumbre arraigada que no aciertan á dominar. Pero los malos hábitos está en poder del hombre el irlos corrigiendo.

Un veterano de Ostende, reprendido varias veces por mezclar en sus conversaciones blasfemias y más blasfemias, respondía que era un vicio que había tratado de corregir; pero la experiencia le enseñaba que le era imposible. Encontróle un día por la mañana un santo varón, el cual le dijo: — Vamos, amigo, hoy teneis un luis de oro que ganar, pero con la condición de que no proferireis en todo el día una sola blasfemia. — Un luis de oro para aquel soldado viejo era moneda que no solía entrar en su bolsillo. Aceptó la propuesta. El que se la hizo con la más santa intención, aquel día le acompañó á todas partes á

donde entretenía el militar sus ocios, al cuartel, á la taberna, á la plaza pública, á los sitios donde solía jugar con los camaradas. Algo le costó, porque ocasiones no le faltaron; pero salió con la suya, y al terminar la jornada recibió contentísimo el luis de oro que le entregó el donador religiosamente, felicitándole y diciéndole:—Ea, amigo, reconoced que lo que habeis podido hoy lo podreis también mañana, con tal que querais. Ya veis que el no blasfemar ni una vez, dados vuestros malos hábitos, no es un imposible. Sabed ser hombre; que el hombre vale más y puede más que una mala costumbre.

La gloria de Dios es el objeto verdadero, el ideal divino de la creación. Esto no quiere decir que la creación tenga para Dios un fin interesado. Dios es perfecto en sí mismo, y no necesita de la gloria que puedan darle las criaturas; pero sin que necesite de esta gloria, este es el fin más grande, más noble que puede tener la creación, y Dios no había de proponerse otro, mayormente cuando en la creación la gloria de Dios y el bien de la criatura son dos cosas identificadas que vienen á confundirse en una sola.

La gloria de Dios es la gloria de su nombre; cuando trabajamos, pues, para la gloria del santo nombre de Dios, realizamos un ideal divino, nuestra voluntad está en armonía con la voluntad divina, nosotros, como criaturas, nos asociamos á la grandiosa obra del Criador.

Al dar Dios al linaje humano un código de moral que sobrevive á todas las épocas y á todas las legislaciones, porque es inmortal, como lo son las obras de Dios, en ese código que se llama el Decálogo, que no contiene más que diez preceptos, el segundo de ellos, el que sigue inmediatamente al *más grande*, al *primer mandato* del amor de Dios, es el de respetar, el de no profanar jamás su santo nombre.

Cuando Jesucristo enseñaba á sus Apóstoles la manera como debían orar, les decía que la primera petición que debían hacer al Padre, que está en los cielos, había de ser ésta: *Santificado sea el tu nombre*.

«Nadie, dice San Juan Crisóstomo, puede con su menosprecio herir á Dios. El Señor permanece inmóvil en medio de su dicha inefable, que ni las alabanzas aumentan, ni las blasfemias disminuyen.»

Pero la gloria de Dios está unida al bien del hombre; y cuando el hombre se subleva contra la gloria de Dios, por lo mismo que contradice la voluntad divina, por lo mismo que se opone al ideal divino, al querer perturbar las armonías de la creación y sus excelsos fines, sin que Dios pierda nada, el hombre lo pierde todo. «Echad una piedra á las estrellas, dice el mencionado Santo, y sin que llegue hasta ellas, lo único que lograreis será que caiga sobre vuestra cabeza. Tratad de herir á la divinidad y la espada se volverá contra vos... Aquel hombre que llama al sol un cuerpo luminoso, no hace más que reconocer la luz solar, está en lo cierto, en lo justo; pero el sol no por esto ha de ser más luminoso, el que se em-

peñase en decir que el sol es un cuerpo obscuro, manifestaría que está ciego, y el sol seguiría brillando de la misma manera.»

Que tengan entendido los blasfemos que Dios no es un rey constitucional que pueda ser destronado por los votos de sus súbditos; pero que tengan entendido también que Dios tiene derecho á que su nombre sea alabado y bendecido y que castiga justamente á los que tienen la osadía de conculcar este derecho divino.

«No tomarás en vano, dice Dios en la Santa Biblia, el nombre del Señor tu Dios: porque no dejará sin castigo el que tomare en vano el nombre del Señor, Dios suyo. (*Exodo*, xx, 7).»

Por ahí se explican misterios de decadencia y hasta de ruina de naciones y de familias; así se explican castigos providenciales de que han sido objeto tantos infelices que con sus blasfemias se empeñaron en provocar la justicia de Dios.

UNA ADVERTENCIA DE SAN GREGORIO NICENO.

No basta no blasfemar; es menester no dar ocasión ni siquiera pretexto para que otros blasfemen.

«Los que ponen en duda la verdad de las enseñanzas evangélicas, escribe San Gregorio Niceno, observan atentamente la vida y la conducta de los discípulos de Jesucristo, y si tras del nombre de cristiano ven que se ampara la avaricia ó la intemperancia dando la mano á los demás desórdenes, entonces los enemigos de Jesucristo levantan la voz y, no contentos con acusar la malicia de los cristianos indignos de este título, recriminan á la Religión, como si ella fuese la responsable de la perfidia del calumniador, del avaro ó del falsario. Así es que el Señor dice en la Santa Escritura: ¡Ay de aquel que hace blasfemar mi nombre entre los hombres... Al contrario; si el discípulo de Jesucristo lleva una vida pura; si la templanza, la prudencia, la fuerza, la sobriedad y la constancia elevan su alma por encima de los bienes terrenales, si la virtud es su riqueza, el amor de Dios su nobleza, si lleva una vida angelical ¿cuál será, no digo el hombre razonable, sino el corazón bastante degradado para no glorificar al Padre celestial que inspira tan gloriosos desprendimientos?... El hombre tiene un gran medio de hacer que se glorifique á Dios: llevar una vida tal que no se explique sino por la acción de Dios.»

Sepamos, pues, glorificar á Dios con nuestras obras; y si no nos es dable ahogar por completo el grito de la blasfemia, que nuestra conducta sea un himno de alabanza á la divinidad.

ORACIÓN OFRECIENDO Á DIOS LA SANTA COMUNIÓN PARA EXPIAR EL CRÍMEN DE LAS BLASFEMIAS PÚBLICAS Y PRIVADAS.

Oh Dios, que en la hostia santa que se inmola en el altar, que en el Sacrificio de la Misa nos dejásteis

el recuerdo de aquel otro sacrificio que ofrecisteis en la cruz rogando por aquellos que os blasfemaban en el Calvario mismo, constituido en altar de vuestras inmolaciones para la redención del linaje humano, concedednos la gracia de que nosotros veneremos el misterio de la Santa Eucaristía y la recibamos con tales disposiciones de fe y de caridad que al sentir sus santificadores efectos, nuestra comunión sea una alabanza á vuestra divina Majestad y sirva para aplacar vuestra justicia excitada por el grito de la blasfemia que resuena en todas partes.

PROTESTA DE NO AFILIARSE Á LAS SECTAS SECRETAS

La conjuración contra todo orden religioso y social denunciada por el Vicario de Jesucristo, se manifiesta hoy en todas partes; en la prensa que vomita blasfemias contra la Iglesia y sus instituciones, contra el sacerdocio católico y hasta contra Dios mismo. Obra de esta conjuración es el que se trate de arrojar á Dios de la enseñanza, del hogar doméstico, hasta de los asilos de beneficencia. Reconozco que esta conspiración no puede ser incitada sino por el espíritu satánico; y por lo mismo que yo renuncié á Satanás, á sus pompas y á sus obras, al recibir el Santo Bautismo, repito hoy con toda solemnidad esta promesa que debo á mi Dios y á la dignidad de mi conciencia cristiana; os empeño, Dios mío, mi palabra y os aseguro, por la Virgen Madre, por lo más sagrado que pueda haber para mí en el mundo, que jamás me afiliaré á secta alguna masónica; y que bajo la dirección de la Iglesia, es decir, á las órdenes de los legítimos pastores, trabajaré por la gloria de Dios, por la santificación de su nombre y la dilatación de su reino.—Así sea.

ORACIÓN POR LA CONVERSIÓN DE LOS BLASFEMOS.

Oh buen Jesús, divino Mediador, que en la hora suprema de la Redención rogásteis por aquellos que levantaban en torno de la cruz asquerosa gritería de blasfemias, yo uno mi pobre oración á la vuestra rogando por los blasfemos; trocad su corazón, para que esas lenguas que os insultan y escarnecen de la manera más repugnante, se empleen en santificar el santo Nombre de Dios: os lo pido por la intercesión de la Virgen Inmaculada, Patrona de España, á fin de que desaparezca esta vergüenza que nos deshonra como país católico y civilizado; y para mejor desagraviar á la Divina Majestad, tan torpemente ultrajada, os ofrezco todos los actos de caridad y de piedad, todas las buenas obras que haré en el presente día, que espero os dignaréis aceptar. Así sea.

Récese un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri* por la conversión de los blasfemos.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona ha concedido 40 días de indulgencia á los fieles de la Diócesis que rezaren devotamente la anterior oración ó la del *Padre nuestro* con el mismo piadoso objeto á que la oración está dirigida.

SECCIÓN BIBLIOGRAFICA

El número 12 de la *Ilustración católica* que acaba de publicarse, contiene:

TEXTO: *La Década*, Tordesillas.—*Los templos bizantinos de Castilla*: I. *La catedral vieja de Salamanca*, Pedro de Madrazo, de las Reales Academias de la Lengua, Historia y Bellas Artes de San Fernando.—*La propaganda protestante*, Fr. José Coll.—*Oración de la mañana*, *Oración de la tarde*, Mariano Ruiz de Arana.—*Progresos científicos. ¿La forma poética está llamada á desaparecer de la literatura moderna?* Melchor de Palau.—*Libros*, P.—*La cueva del P. Moreno*, J. B. Perales.—*En la ambulancia*, Cayetano de Alvear.—*Crónica*.—*Notas sueltas*.

GRABADOS: *Torre de la catedral vieja de Salamanca*.—*Orilla del río y Paisaje*, de J. Pahissa.—*Calle en la aldea*, por Jose Masriera.

BUENOS EJEMPLOS

El señor alcalde de Granada acaba de dictar un bando contra los que profieran blasfemias y ataques á la moral.

¡Siga el ejemplo!

Es necesario que todas las autoridades imiten el nobilísimo ejemplo del Gobernador de Tarragona, del coronel del regimiento divisionario de artillería de guarnición en Valencia; y de los alcaldes de la Coruña, Valencia y Granada.

Los Círculos Católicos de Obreros en Aragón.—La grande obra de los Círculos Católicos de Obreros, difundida y propagada en Francia, con santo celo, por el ilustre Conde de Mun, va difundiéndose y arraigándose también en nuestra España como una institución necesaria en la vida práctica de los pueblos amantes de la religión católica, de sus doctrinas y gloriosas tradiciones. Las provincias aragonesas, afortunadamente, no permanecen retraídas en este movimiento religioso social, y en pocos años á esta parte, se han establecido Círculos de obreros en Zaragoza, Huesca, Teruel, Calatayud, Monzón y en otras varias poblaciones importantes.

¿Qué son los Círculos Católicos de Obreros? En su esencia, en su modo de ser íntimo, no son más que una de las formas bellísimas con que, acomodándose á las necesidades de los tiempos presentes, ha tomado esa emanación divina, fecunda siempre y siempre vigorosa, que se llama caridad. ¡Oh, sí! Solo á la

caridad pueden atribuirse los nobles propósitos, los grandes ideales que inspiran y mueven la voluntad de centenares de hombres asociados y reunidos bajo el lábaro santo de la cruz, con el título honrosísimo de Obreros Católicos. Solo la caridad puede unir en estrecho lazo esas voluntades que aspiran á una misma cosa, al perfeccionamiento y progreso moral y material de la clase obrera. Pero este progreso y esta felicidad la quiere la clase obrera como una garantía que no deje burladas y defraudadas sus legítimas esperanzas. Ha sido engañada tantas veces por los modernos redentores, que tanta previsión no nos extraña! Por esta razón proclaman como prenda segura de verdad, y como fiador en tan importante negocio, á Aquel que desde la cumbre del Gólgota estableció la doctrina y señaló los caminos que conducen á la verdad misma, y á los éxitos más completos en nuestras empresas. La Cruz, bendito emblema de nuestra redención, es la bandera que cobija á los Círculos Católicos de Obreros; el amor y caridad que á torrentes surge de esta Cruz, es el medio, es el alimento con que se nutren, se desarrollan y difunden estas Sociedades.

En su forma práctica y externa, los Círculos Católicos de Obreros, son centros de reunión en donde el aristócrata y el potentado, dan la mano al obrero y artesano más humildes; centros en los cuales las clases acomodadas se confunden y fraternizan con las clases pobres, unidos todos por los hermosos vínculos de la caridad cristiana. El Círculo Católico de Obreros significa, en una palabra, la asociación de diferentes y múltiples fuerzas dispuestas á trabajar constantemente por los éxitos de la caridad. Y en las variadas combinaciones de estas fuerzas, movidas por una sola voluntad y por un solo deseo, todos tienen su oficio relevante, un papel importante que desempeñar. El rico destina su óbolo caritativo para socorrer al pobre en las necesidades de su inteligencia y de su corazón, y en las no menos importantes del hogar doméstico y de la vida social. Su presencia en la Sociedad, enseña al obrero con el ejemplo de sus buenas costumbres; y le estimula de una manera práctica y elocuente á seguir aquellas reglas y costumbres que moralizan al hombre, y le hacen buen cristiano para la Iglesia y para el Cielo, buen ciudadano para la patria, y honrado individuo para la familia y para la Sociedad.

El sabio, el maestro, el que en cualquiera rama del saber humano posee conocimientos poco comunes, tiene en el Círculo Católico de Obreros grande misión que llenar. La ignorancia fué siempre y en todos los tiempos la madre de todos los errores y el acicate más poderoso para todas las pasiones y para todos los vicios. Enseñar é instruir cristianamente, significa tanto como moralizar. El único freno para las pasiones se encuentra en la virtud y en la razón ilustrada y posesionada de la verdad. El hombre cuanto menos ilustrado, cuanto menos conocimien-

tos posee, más se acerca á los brutos, á los irracionales; y viceversa, cuanto más conocimientos atesora, se ve brillar con más intensidad en su inteligencia aquella luz divina, impresa en nuestra frente según la voluntad de Dios, que nos hace participantes, siquiera sea en enigma y en figura de la grandeza celestial. *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.*

Ahí están pues las escuelas sostenidas por los Círculos de Obreros; en ellas pueden ejercitar los hombres competentes y de buena voluntad la más escogida obra de caridad y de misericordia: enseñar al que no sabe.

Los obreros, y la clase pobre por su parte comprenden fácilmente, que no son ellos los que van en busca de las clases acomodadas, sino que éstas, no interesadas vivamente y movidas por los más puros sentimientos de caridad y fraternidad cristiana, le dan su mano protectora por medio de la asociación, y atienden con laudable y meritorio desprendimiento á sus variadas necesidades intelectuales, morales y materiales. Confundidos y hermanados, por lo tanto, el rico y el pobre, el humilde jornalero y el acaudalado propietario, el modesto artesano y el afortunado patrono, los que dan y los que reciben, viven en el Círculo Católico, vida común. En este centro de reunión se conocen y tratan íntimamente unos y otros, y se establecen esas relaciones familiares, propias de la sociedad cristiana, y se vé prácticamente que los conflictos creados por el socialismo entre el capital y el trabajo, son hijos de la malevolencia sectaria é inhumana que explota la holgazanería y malas costumbres de una juventud ignorante y apartada de Dios y de su Iglesia Santa.

Conocidos estos precedentes, fácil es comprender la importancia moral y social de los Círculos de Obreros, y las grandes ventajas que de estas asociaciones reportan las clases que se llaman impropriamente desheredadas.

(*El Pilar.*)

— El Rdo. Obispo de Lugo ha dado de su bolsillo particular 6,000 pesetas para que se inviertan en atender á las necesidades del Hospital de aquella ciudad. ¡ Un pobre Franciscano! ¡ si los Obispos tuvieran...!

— Mr. Periner, diputado belga de oposición, ha felicitado al Ministro por los esfuerzos que ha hecho y resultados obtenidos para procurar en lo posible el descanso dominical á los empleados de ferro-carriles, y ha terminado sentando la afirmación de que el descanso dominical es una necesidad de orden social y democrático en el sentido recto que pueda tener esta palabra.

El libre-pensador y la monja. — Federico Soulié, cuyas novelas inmorales y anti-católicas han pervertido tanta juventud en Francia y en España, cayó

enfermo en su casa de campo, cerca de París; una monja del Buen-socorro fué llamada para cuidarle. El enfermo, con la lijereza que le era habitual, hacía escarnio y se burlaba del hábito religioso y de las prácticas piadosas que la monja realizaba diariamente y con puntualidad. Esta no por eso dejaba de continuar asistiéndole, de rezar y de callar. Una tarde se le ocurrió al enfermo el hablar de religión con la monja y, entre otras cosas, le dijo, «¿Está V. muy persuadida de su religión?»

—«¿Cree V., respondió ella, que si yo no lo estuviera, estaría aquí sacrificando mi libertad por V.?»

Esta tranquila y digna contestación fué como un rayo de luz para Federico Soulié. La religiosa lo vió y tomó de ello pretexto para hablarle de su alma y de los sacramentos. El enfermo acoge docilmente sus consejos, se reconcilió con Dios, y murió estrechando un crucifijo sobre su pecho. Hizo más. El libre-pensador Federico Soulié, exhortó á seguir su ejemplo á una joven, cómplice de su vida de desórdenes, ésta cambió de vida, y después de fallecido Soulié se retiró en el convento de las Arrepentidas de París.

El Motin, Las Dominicales y los masones pueden comprobar esto y con más detalles, en las páginas 41 y 42, del tomo primero, de la obra *La foi et ses victoires*, (la fé y sus victorias) impresa en París en 1887, donde esto sucedió.

—Un sabio ingles, M. Musgrave, que había ido á Francia á perfeccionarse en la lengua francesa, ha abjurado de sus errores protestantes en manos de Mons. Conillie, Obispo de Orleans, abrazando la fé católica. Se ha convertido oyendo los sermones de Cuaresma, con intención de ejercitarse en oír hablar frances.

MISCELANEA

LA MARINERA.

(LEYENDA HISTÓRICA)

Corría el año de gracia 1541.

En una nave, que de América se dirigía á las costas de nuestra Península, venía entre otros pasajeros el ilustre D. Fr. Tomás de Berlanga, obispo que era del Panamá, á cuya alta dignidad le había encumbrado el emperador Carlos V por su mucha piedad y grandes virtudes.

En aquellos remotos países había consumido la mejor de su vida el santo Obispo, convirtiendo á sus habitantes á la religión del Crucificado.

Quebrantada su salud con sus continuos trabajos y desvelos, y deseoso de una vida más tranquila, venía á España á hacer renuncia de su obispado y á encerrarse en algún convento de los muchos que en

nuestra nación tuvo la Orden de Predicadores, á la que pertenecía el piadoso Berlanga.

Sus rentas y riquezas las había empleado en socorrer á los pobres de su diócesis. Traía, sin embargo, á la Península un capital suficiente para la fundación de otro convento más de Dominicos.

Ningún contratiempo sufrió la embarcación donde iba el Obispo de Panamá en los primeros días de navegación, pero á los veinte días sobrevino una tan furiosa tormenta, que amenazaba á todos los tripulantes grandes y horrorosos peligros.

Cubierto el firmamento de grandes y negras nubes, y rugiendo alborotadas las olas, comprendieron todos que se hallaban sus vidas demasiado expuestas, para no implorar la misericordia de los cielos.

Inútiles eran los esfuerzos de los marineros para procurar salvar la nave.

La tempestad con todos sus horrores dominó en el mar, y no pudiendo resistir los marineros el furor de los elementos, sin esperanza de salvación, entre lágrimas, amarguras y desconsoladas voces se prepararon á parecer en los abismos del Océano.

Muchos de los pasajeros eran mercaderes españoles que habían ido á hacer fortuna al Nuevo Mundo; y al considerar que cuando podían disfrutar en su patria del fruto de sus trabajos, iban á desaparecer entre las olas con las inmensas riquezas que traían, unos desesparados é impíos, profiriendo tristes quejas y duras recriminaciones al que dirige los destinos de los hombres; otros suplicándole con fervor los salvara, ó les perdonara sus culpas, produjeron todos tan horrible desconcierto y confusión, que en vano procuraba el ilustre Prelado animarlos y consolarlos con sus cariñosas palabras.

—Rogad, les decía, á la *augusta Reina* de los Angeles, á la hermosa Estrella de los mares, que Ella, si con fé invocamos su poderoso auxilio, nos librará del naufragio.

Las palabras del venerable ministro del Señor consiguieron que la esperanza volviese otra vez á los corazones.

Entonces hincando sus rodillas en tierra, los navegantes comenzaron á orar fervorosamente, y en sus plegarias ponían por intercesora á la *Virgen María*, invocándola con los nombres más dulces y gratos.

El viento continuaba silbando con aterrador estrépito y hacía crujir con frecuencia los altos mástiles de la nave.

Las agitadas olas, jugando en tanto con ella, la hacían dar diversos giros y vaivenes, siempre consternando á los viajeros, que en cada uno de sus movimientos creían encontrar la muerte.

Animoso, sin embargo, el Obispo de Panamá, se reviste de todos sus ornamentos pontificales, y apareciendo de nuevo entre la tripulación, se postra humilde en tierra, y eleva sus ojos al cielo exclamando:

«Poderosa Señora de cielos y tierra, *Estrella salva-*

dora de los mares, tened compasión de nosotros; oíd nuestros ruegos, é interceded con vuestro amado Hijo, para que aplaquen su furia los elementos.»

La piadosa invocación del ilustre Prelado fué interrumpida de pronto por los gritos y voces de los navegantes que observando se levantaba una grande é inmensa ola con un enorme bulto, se consideraban ya perdidos.

La ola crece y aumenta de volúmen con pasmosa rapidez.

El bulto que sobre ella se distingue, cada vez se aproxima más á la nave.

Algunos se figuran que es un monstruoso cetáceo, otros dicen ser los restos de destrozadas embarcaciones, y otros, en fin, viendo en él un inminente y terrible peligro, se disponen á morir entre desgarradores ayes y horribles gritos.

—¡Salvadnos, *Virgen María*, salvadnos! prorrumpen todos animados por el piadoso Prelado.

—¡Salvadnos, Señora, salvadnos, repite también éste, uniendo su súplica á la de los desgraciados pasajeros.

Jamás desoye la misericordiosa *Madre* de los cristianos la voz de sus siervos humildes y devotos.

La ola que parecía iba á estrellarse contra el costado de la nave, se disuelve milagrosamente, y arroja sobre cubierta el bulto, que no era más que una grande y pesada arca.

Al mismo tiempo, serenándose el firmamento y volviendo la calma á los mares, renacen también las perdidas esperanzas de los angustiados navegantes.

Llenos de curiosidad por saber lo que contiene aquella misteriosa caja, todos quieren abrirla, pero, deteniéndolos el Obispo y el capitán, ambos dicen que á ellos solos les pertenece lo que en ella se encuentre.

—Permitidme, capitán, dice el Obispo, que me haga cargo yo solo de esto que debe ser algún rico presente que los cielos benignos nos remiten.

—Perdonad, contesta el jefe de la tripulación, que me oponga á vuestros deseos: yo solo mando en esta embarcación, y todo lo que á ella venga, como esta arca, me pertenece.

Largo rato disputaron el capitán y el Prelado sobre á quien de ellos pertenecía la caja; pero conviniendo en que si era alguna cosa sagrada, sería del Obispo, y si algún tesoro, del capitán, se procedió á abrirla con gran contento de todos, que se hallaban impacientes por conocer lo que allí se encerraba.

No hicieron más que desclavar las primeras tablas, cuando, saliendo grandes resplandores, quedaron todos deslumbrados con aquel tan inesperado golpe de luz.

Por fin se abrió por completo, y apareció envuelto un objeto entre sutilísimos cendales.

Desenvolviólo el Prelado, y con gran júbilo de su corazón descubrió una preciosa imagen de la *Virgen Santísima*.

¡Mio, mio es este rico tesoro! exclamó el Obispo de Panamá, mostrando á los tripulantes el bello simulacro de María.

—No solo, continuó el respetable anciano, quiere salvarnos la Señora, sino que en prueba de su inagotable cariño, y de su singular afecto nos envía este precioso presente. Adoremósela en él, y démosle rendidas gracias por tan distinguidos favores.

Todos los navegantes se postraron ante la hermosa efigie de Nuestra Señora, y de todos los labios salieron palabras de gratitud y alabanza.

El capitán, que se había visto defraudado en sus esperanzas, pesaroso ya de haber consentido en que se quedara con la Imágen el ilustre Prelado, se acercó á éste, y por sugestión de otros viajeros que sin duda deseaban poseer aquella valiosa joya le indicó que sentía privarle de ella, pero que él era el único verdadero dueño.

Iba ya á ceder el Obispo, aunque con grande sentimiento de entregar á otro la Imágen que á él solo le pertenecía; pero, ocurriéndole la idea de sortearla entre los dos, se lo propuso á su disputador, que aceptó: más por tres veces seguidas favoreció la suerte al piadoso Berlanga.

Llegó éste por último á España con su rico tesoro, y ansioso de fundar cuanto antes un convento de su Orden, mientras se edificaba, erigió en la villa de Berlanga, provincia de Soria, un humilde santuario en cuyo altar colocó la preciosa estatua de Nuestra Señora.

Desde el momento que en él estuvo la *Virgen del Rosario*, bajo cuya advocación fué venerada en aquel país, fueron numerosos los milagros que obró en bien de los fieles que imploraban su protección en las adversidades y aflicciones.

Por eso la devoción que se le tuvo y todavía se le tiene, raya en frenesí, tanto entre las gentes de la villa de Berlanga como entre los habitantes de Medina de Rioseco á donde fué trasladada, tan pronto como hubieron terminado los trabajos del convento fundado por el ilustre Obispo de Panamá.

Y fué tan grande el sentimiento de los vecinos de Berlanga, cuando esta traslación de la preciosa Imágen de María que no quisieron se llevara á Rioseco sin antes quedarse ellos cuando menos con el Niño Jesús que tenía en sus brazos la *Señora*.

El último día de la Pascua de Resurrección se celebra la fiesta principal á *Nuestra Señora del Rosario* con el título de la *Aparición de la Santísima Virgen*, y los que hayan estado en Rioseco en este día podrán apreciar cuánta es la devoción á la excelsa Reina de los Angeles en aquella villa y en otras partes de Castilla la vieja, de donde acuden sus vecinos á honrar á la *Marinera*, como muchos la llaman sin duda aludiendo á su milagroso hallazgo.

(De La Revista Católica.)

—Para comprender la moralidad de muchos italia-

nísimos referiremos lo siguiente: «El diputado Francisco de Rencis, en el mes anterior pidió al ministro Zanardelli una mitigación de las penas comunicadas por el crimen de adulterio. Hablando de las que violan la fé conyugal, las llamó «poéticas criaturas que caen por amor bajo el Código penal, después de haber atravesado el Código civil. (*Hilaridad*).» Concluyó diciendo: «Todos somos débiles y podemos pecar, incluso el honorable ministro de Gracia y Justicia. (*Hilaridad*).» ¡Así protegen los legisladores aquellos la santidad del hogar doméstico!

—Copiamos del *Boletín de Madrid*:

«Son curiosos los datos que publica un periódico extranjero sobre las dimensiones de los principales templos del mundo católico, calculando al propio tiempo las personas que cada uno puede contener y suponiendo que se colocan 4 personas en cada 9 piés cuadrados:

	Varas inglesas.	Personas.
Basilica de San Pedro en Roma.. . . .	13.500	54.000
Catedral de Milán.. . . .	9.025	37.000
Basilica de S. Pablo en Roma.	8.000	32.000
Iglesia de S. Pablo en Londres.	6.400	25.000
Iglesia de San Petronio en Bolognia.. . . .	6.100	24.300
Catedral de Florencia.. . . .	6.000	24.000
Idem de Amberes.. . . .	6.000	24.000
Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla.. . . .	5.750	23.000
Basilica de San Juan de Letrán.	5.725	22.900
Catedral de Nuestra Señora de París.. . . .	5.250	21.000
Catedral de San Patricio en Nueva-York.. . . .	4.375	17.500

Al periódico aludido será conveniente recordarle que en España hay también Catedrales que pueden y deben figurar entre los grandiosos monumentos de la fé católica, no solo por su capacidad, sino también por su mérito y riqueza artística. La Catedral de Córdoba, construida por Abderramán y su hijo Hixem, forma un cuadrilongo de 189 varas inglesas de largo por 144 de ancho, tiene 19 naves, de nueve varas inglesas de elevación, sostenidas por 850 columnas. La superficie total cuadrada es de 25.320 varas inglesas cuadradas, quitando el atrio, que tiene 134 varas de ancho por 84 de profundidad, quedando todavía para el templo 16.750 varas cuadradas, espacio mayor que el Vaticano, puesto que éste solo tiene 13.500 varas cuadradas. Se debe advertir que dentro de este espacio se han construido sacristías y alguna otra dependencia que pueden llevar de cuatro á cinco mil varas cuadradas: quedan, por consiguiente,

para servicio de los fieles de 11 á 12.000 varas cuadradas.

Añadamos á esto que la

	Varas inglesas	Personas
Catedral de Sevilla mide . . .	9.350	37.400
Idem de Toledo	7.650	30.600
Idem de Burgos.	5.709	22.836
Idem de León	5.225	20.900

resulta, pues, que aparte de la Catedral de Córdoba, única en su género, la de Sevilla es de mayor capacidad que la de Milán; la Primada de Toledo es mayor que la de San Pablo en Londres, y las de Burgos y León son mayores que las de Nuestra Señora de París y de San Patricio en Nueva-York.

Buena confesión. — Cuando aún siguen profanando el suelo de nuestra patria alguna capilla protestante y alguna escuela evangélica, y cuando *nos consta* que la esterilidad relativa del *dinero sembrado con profusión* no ha desalentado por completo á la sociedad bíblica de Londres, ni á *otras sociedades*, creemos que nuestros lectores verán con gusto lo que copiamos de *La Correspondencia del Norte de Alemania*, uno de los órganos más celosos del protestantismo en Mecklenbourg:

«Protestantes por nacimiento y por educación, ningún interés bastardo, ningún medio ni temporal ni personal nos mueve á separarnos de nuestra religión, en que á Dios plugo hacernos nacer; ¿pero cómo podríamos permanecer más tiempo dentro de una Iglesia en la cual no se ve más que desunión, debilidad y ruina? Pues esto, y no otra cosa, es la Iglesia protestante.

» Nuestros teólogos, no solamente disputan á ton-tas y á locas sobre la canonicidad de tal ó cual libro, borrando de una plumada ya un capítulo, un versículo, sino que suelen estar en completa oposición, aún tratándose de puntos gravísimos y de testimonios de reconocida autenticidad. Cuando *uno* ha demostrado, *claro como la luz del mediodía*, que tal lugar debe ser entendido de tal manera, viene luego *otro* que pretende *ser claro como la luz del mediodía*, que hasta él, todos los intérpretes se han equivocado lastimosamente y que el testimonio en cuestión debe entenderse en un sentido diametralmente opuesto. Si, pues, los teólogos mismos desconocen el camino de para llegar á entender el verdadero sentido de la Biblia, nosotros, pobres legos, ¿qué podemos hacer? Todo hombre adherido de buena fé al cristianismo, con solo la lógica y el buen sentido ¿no tiene sobrado fundamento para dudar, si el espíritu de Dios está en el protestantismo y volver sus ojos á la Iglesia que se llama católica?

» La cuestión es esta: nosotros tenemos predicadores luteranos, ortodoxos, pietistas, racionalistas, su-

pernaturalistas; y en la misma cátedra, Jesucristo es unas veces *el Hijo eterno del Padre*, y otras solamente *el más sabio de los hombres*. Por la mañana aprenden los fieles, que el hombre no se reconcilia con Dios, sino mediante la redención de Cristo muriendo por nosotros en cruz; por la tarde, que solo los méritos personales son bastantes para llegar al cielo. Un predicador enseñará que la guarda de los mandamientos es esencial, mientras para otro basta la fé, siendo accesorio todo lo demás.

»¿A qué doctrinas, pues, nos hemos de adherir? Porque se trata de puntos fundamentales. Evidentemente, que tales doctrinas, todas ellas no pueden ser verdaderas, puesto que son contradictorias. ¿Cuál es por tanto, la que debemos profesar? La Iglesia protestante no da respuesta ni decisión; antes por el contrario deja á sus ministros *libres* para decidir, y á los fieles *libres también* para perderse en ese laberinto de contradicciones.

»Este mismo desconcierto se nota en cuanto dice relación al culto externo. En cosa ninguna hay uniformidad. Los libros litúrgicos están á merced del capricho individual, lo mismo que el traje de los dignatarios eclesiásticos. La forma del bautismo, de la cena, del casamiento, varía de una localidad á otra; y con frecuencia sucede, que entre dos pueblos limítrofes, cuesta gran trabajo reconocer que pertenezcan á la misma comunión. ¿Qué viene á ser, por consiguiente, una Iglesia, que no puede llegar á la unidad en cosas de tal importancia?

»La causa de tales variaciones es la falta de organización basada sobre el principio de autoridad. Los ministros son libres para hacer ó dejar de hacer lo que les parezca; nadie se cuida de si se practica el servicio divino, de si se atiende al bien de las almas; y si alguna vez se tropieza con hombres llenos de celo, éstos se ven de tal manera ligados por las circunstancias, que nada pueden hacer ni remediar.

»¡Ah! en verdad que fué una desgracia irreparable para la Iglesia protestante hacer donación de sus privilegios al Estado como dote de la alianza que contraían. Ella se presentó como una esposa rica y poderosa: hoy ya se han malgastado aquellas riquezas; se le niega lo que en justicia le correspondía, y pobre *servidora del Estado*, no recibe sino las migajas que caen de la mesa de su amo.

»Tal es, pues, en su interior la Iglesia protestante: desunión, debilidad, impotencia. Y en tal estado, ¿qué partido podemos tomar?

»Nosotros queremos salvar nuestro cristianismo: iremos allí donde la Iglesia sabe lo que dice la Escritura, y prescribe á los ministros lo que deben enseñar, y á los fieles lo que deben aprender: donde todo es solemne, majestuoso, en armonía con el corazón: donde un poderoso jefe espiritual no se inclina ante los poderosos de la tierra, sino solo ante Dios; donde las parroquias conservan fé, disciplina costumbres religiosas; donde la Iglesia está realmente

edificada sobre una piedra, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán.

Si esto lo hubiera escrito un católico, ciertamente que no fuera de escaso valor; pero salido de una pluma protestante, no tiene precio y abre el corazón á la esperanza de días mejores. ¿Quién sabe los caminos de la Providencia, y si del caos en que vivimos va á brotar esplendorosa la luz? Pidamos á Dios que tenga misericordia de Europa, concediéndole volver á aquella unidad, por la cual tanto suspiró el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y la cual rompió Lutero en el siglo XVI, abriendo esa era de revoluciones, á las que *humanamente* no se les divisa fin.

(De *El Pensamiento Callego*.)

El Secreto de la Confesión.—*El Nacional*, periódico de Lima, publica la siguiente curiosísima narración:

Habiendo sido derrotado el poder militar de los españoles en la batalla del Ayacucho, y encontrándose el Callao sitiado estrechamente por los vencedores, el P. Marielux no quiso abandonar de ningún modo al brigadier don Ramón Rodil, gobernador de la fortaleza del «Rey Felipe.»

Más adelante, en el mes de Septiembre de 1825, y después de nueve meses de sitio, la escasez de víveres y el escorbuto comenzaron á ocasionar el decaimiento entre los sitiados, propagándose rumores de conspiración.

El 23 de Septiembre el brigadier recibió confidencia de que á las nueve horas de la noche debía estallar un movimiento revolucionario, cuyo jefe era el comandante Montero, el más influyente de los lugartenientes de Rodil. Los hombres en quienes éste tenía mayor confianza figuraban entre los más comprometidos.

Rodil, sin perder un minuto, los hizo arrestar; pero, á pesar de sus esfuerzos y amenazas, no pudo arrancarles la revelación más insignificante; negaron obstinadamente la existencia de la conspiración. Entonces el brigadier, para desembarazarse de todo cuidado, tomó el partido de fusilarlos á todos, inocentes ó culpables, fijando precisamente las nueve horas de la noche, esto es, á la hora misma en que los conjurados se habían propuesto arrastrarle ó darle la muerte.

—Capellán, dijo Rodil al P. Marielux, son las seis. Teneis tres horas de tiempo para confesar á estos insurrectos. Dicho esto, se salió del baluarte. A las nueve, los trece condenados entregaban su alma al Criador.

Sin embargo de este castigo, Rodil no se creyó todavía bastante seguro. ¿Quién sabe, se decía á sí mismo, si he dejado en vida á otros conjurados, y tal vez se hallen aún más comprometidos que éstos en quienes la justicia ha tenido su cumplimiento? No, no puedo estar tranquilo. El confesor debe saberlo

todo, hasta los más pequeños detalles. ¡Ea! Que hagan venir al Capellán. Cuando éste hubo llegado, Rodil se encerró á solas con él y le dijo:

—Padre, estos malvados os han revelado sin duda en la confesión todos sus planes y los elementos sobre los cuales habían fundado sus esperanzas. Es indispensable que me instruyais completamente, y por lo mismo, en nombre del rey yo exijo que me lo conteis todo sin omitir ni un nombre ni un solo detalle.

—Mi general—respondió el P. Marielux,—me pedís un imposible, porque no sacrificaré jamás la salvación de mi alma revelando el secreto de un penitente; aunque el rey en persona estuviese aquí para mandármelo, que Dios me guarde de obedecer órdenes semejantes.

La sangre se subió á la cara del brigadier, y lanzándose contra el sacerdote, le dió una sacudida en el brazo, gritándole:

—Fraile, ¡cuéntamelo todo ó te fusilo!

El P. Marielux respondió con una serenidad verdaderamente evangélica:

—Si Dios quiere mi martirio, que se cumpla su santa voluntad. Un ministro del altar no puede revelar nada, sea quien quiera el que lo exija.

—¿No hablarás, pues, instó Rodil, 'oh fraile traidor, á tu rey, á tu bandera, á tu superior?

—Yo soy fiel á mi rey y á mi bandera tanto como el primero,—añadió el sacerdote;—pero nadie tiene derecho á pedirme que sea traidor á Dios... tengo prohibición de obedeceros.

Rodil, sin esperar más, abrió la puerta y gritó:

—¡Ea! capitán Iturralde, traed aquí cuatro guardias con los fusiles cargados. Y los cuatro guardias se presentaron inmediatamente.

En la pieza en que se representaba esta escena terrible había muchas cajas grandes, y entre ellas se hallaba una de unos dos metros.

—¡De rodillas, fraile!—rugió la bestia feroz de la fortaleza.

Y el sacerdote, imaginándose que aquella caja debía servir para su sepultura, se arrodilló junto á ella.

—¡Apunten!—mandó Rodil;—y volviéndose hacia la víctima con una voz imperiosa.

—Por última vez,—le dijo,—en nombre del rey os intimo la orden de hacer revelaciones.

—En nombre de Dios me niego á hablar,—respondió el religioso con un acento débil, pero tranquilo.

¡Fuego!—gritó entonces Rodil:—y el P. Pedro Marielux, mártir ilustre de la Religión, cayó exánime, atravesado su pecho por las balas.

Consejos á los obreros sobre la educación de sus hijos.

—Vuestros hijos no serán ricos, pero al ménos podeis hacer que sean hombres de probidad y amantes del trabajo; todo esto se lo debeis, so pena de ser malos padres.

No hagais de ellos desgraciados miserables, perversos y malvados, sino buenos padres y hombres de bien.

Ante todo debeis procurar que vuestros hijos no sean callejeros, porque con seguridad los perdeis; sí, los perdeis; y es muy doloroso para un padre el perder á sus hijos. ¡Pobre hijo! ¡qué existencia! ¡qué porvenir! ¡qué educación!... El permitir que los hijos sean callejeros es la peor y más detestable de todas las educaciones; ésta es la que conduce á la joven á la deshonra y á la degradación, y al joven al vicio, al crimen, á las cárceles, al presidio y tal vez... al...

En la vida de la calle es donde vuestro hijo contrae los malos hábitos de perezoso, vagamundo é indisciplinado. Ya con estos hábitos, trataréis de que vaya á la escuela, al colegio; pero irá las menos veces posibles y siempre tarde; pues era necesario que hubiese asistido desde muy niño. Luego tratareis de que aprenda un oficio; pero no tardará en desobedecer y burlarse de su maestro, pues le será insoponible hacer una vida regular, por lo que será luego despedido deshonorosamente de casa de su maestro. Volverá á ser holgazán y vagamundo; se convencerá de su modo de vivir... y que es necesario vivir bien... y... entónces se volverá á vosotros, que escucharéis sin inmutaros sus quejas, sus gemidos.

Desde entónces tendreis que escuchar todo los días, mal que os pese, que vuestro hijo se ha deshonorado. Y no os quedará otro remedio que bajar los ojos y ruborizaros... pues sois el padre ó la madre, tal vez de un ladrón... de... Así, así, de esta manera es como se llenan las cárceles.

Verdaderamente que hay padres sin entrañas y sin piedad. Sí; hay padres que echan á sus hijos á la calle, diciéndoles: «Vete de aquí, marcha de casa, haz lo que te plazca.» Y esto sin cuidarse del porvenir, ni de los amigos ó compañías con quienes puedan trabar amistad; y... ¡después de esto se extrañan de que les falten al respeto!

Por favor os ruego, padres, que, si sois pobres, no enviéis á vuestros hijos á mendigar: id más bien vosotros; pensad en que haciéndoles mendigos, van á perder el respeto de sí mismos, se van á envilecer, y esto para siempre; y los que les vean mendigando dirán: «¡Pobrecitos miserables! ¡Qué desgracia es tener tan malos padres.» Y esto, todo esto, sí, se dice de vosotros. Pues ántes que consentir esto, id en busca de una familia ó persona pudiente y caritativa, exponedle el estado en que os hallais; decidla que se apiade de un padre ó de una madre que quiere preservar á su hijo de los peligros que corre siendo callejero, y hallaréis pronto satisfecha vuestra necesidad.

Además, desde luego que principie á andar, llevadlo á la escuela todos los días y procurad que no falte ni uno. Sed enérgicos en esto; mejor que en casa estará en la escuela, porque así irá tomándola cada día más gusto, y entónces tendreis el placer de verlo volver contento y alegre, cual corresponde á los niños de su edad, siempre aseado, y con buenos informes de sus maestros, y todos los años ganando pre-

mios y otros regalos propios de los niños aplicados: los señores curas-párrocos se considerarán muy dichosos con tener en su parroquia niños de tales condiciones, y el día de la primera Comunión, son vuestros hijos las figuras más dulces y encantadoras, á los que no pierden de vista sus dichosas madres y á los que contemplan extasiadas de alegría. ¡Cuánto mejor es esto que el que sean callejeros!

A medida que van creciendo y se van formando, se desarrollan sus facultades intelectuales, y podeis ponerles á aprender un oficio, colocándoles bien: id á menudo á visitarles; informaos de su conducta, aplicación, compañeros con quienes se reúnen, de lo que hacen, etcétera. Os contestará con satisfactorias palabras: «Va á ser un excelente obrero.»

Al fin llegará un día en que, después de muchos sacrificios, os dirá vuestro hijo: «Padre, madre, de aquí en adelante serán para mí el trabajo y el sufrimiento; y pues hace tiempo que ustedes trabajan y se desvelan por mí, ahora me toca sobrellevar las cargas de la casa: hasta ahora los he necesitado á ustedes, y han cumplido como buenos padres; ya en su vejez me necesitan á mí, y quiero portarme como buen hijo.» Y en vez de un mal hijo, tendreis un hombre que amará á sus padres y que no tendrá á ménos hacer lo que hace. Pero para llegar á tener tal suerte, es necesario una cosa de parte de los padres, y esta es... el buen ejemplo.

¿Quereis que vuestros hijos sean probos, laboriosos y morales? Pues sedlo vosotros también; sed amantes del trabajo; porque si no, vuestras reprensiones serán siempre estériles, y vuestros hijos harán lo que vosotros haceis, y no lo que decís. En vano ocultais vuestras faltas; vuestros hijos llegan á saberlo todo y á no ignorar nada. Y si, aunque mal hecho, os echasen en cara lo mismo que les reprendeis, no os quedará otro recurso más que bajar los ojos y callaros.

La educación de los hijos es una cosa muy seria, con la que no se puede jugar. Sus consecuencias son terribles y causa espanto la grave responsabilidad que incumbe á los padres... y sus tiernos hijos serán los primeros en acusarles y hasta quizás maldecirles.

Hace algunos años que un infortunado joven, en lo más florido de su edad, era acusado de ladrón y asesino en cierto tribunal. Desde el banquillo de los acusados dijo al presidente:

«Es cierto, soy culpable, pero hay otras dos personas más culpables que yo.» ¿«Quiénes son?»—le replicó el presidente. «Señor, no es decente que un hijo acuse á su padre y á su madre.» Estos padres habían descuidado por completo su educación moral y religiosa y le habían abandonado á sus malos instintos. Sin embargo, cuando los vió en la prisión, donde le fueron á visitar, les perdonó. Pero el día que fué ejecutado, al llegar al pie del patíbulo, sintió renacer en su alma todos sus sufrimientos y toda su cólera y volviéndose hacia la multitud, pronunció palabras aterradoras contra sus padres, autores de su ruina.

Vuestros hijos son lo que de más valor teneis en este mundo; no les hagais, pues, desgraciados. No os perteneceis á vosotros mismos; os perteneceis á vuestros hijos; no sois libres ni en vuestras palabras ni en vuestros actos; y en todo debeis procurar el aprovechamiento de vuestros hijos. Así que, no cometais delante de ellos, ni actos indecentes, ni pronuncieis palabras obscenas, porque con tales actos y palabras les preparais su desgracia en la tierra.

No es esto todo; según los designios divinos, los padres que salven su alma, no se salvarán ellos solos. La madre, con especialidad, llevará al cielo en sus alas de ángel á alguno de sus hijos; pero si se pierden, no serán ellos solos, sino que, tarde ó temprano, verán caer á alguno sobre ellos en el abismo de los tormentos.

¡Desgraciados hijos! ¿Les habeis dado la existencia para eso? ¡Oh! ¡Gracia y compasión para vuestros hijos! ¿Qué os han hecho para que les hagais desgraciados? Enseñadles cuanto antes á practicar la virtud, la probidad; estos dos grandes medios para vivir bien; y después, cuando haya sonado la hora de vuestra existencia, morid con tranquilidad, y tendreis el placer de verlos á vuestro lado en vuestros últimos momentos.

(*El Vigia Católico*).

ANUNCIOS.

SANTA TERESA DE JESÚS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Dirigida por don ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

...≡ Año XVI ≡...

Esta Revista se publica el día 15 de cada mes (en un pliego de 32 páginas) por ser el día consagrado á la heroína española Santa Teresa de Jesús.

Cuesta la suscripción 16 reales al año; Cuba y Puerto-Rico, 24; Filipinas, 30; Extranjero, 32. Pago adelantado.

VOCABULARIO DE CATALANISMOS. Esta obra, que forma un tomo en 8.º prolongado de 324 páginas, es utilísima para los catalanes que quieran evitar el ridículo consiguiendo á los *catalanismos* (catalanadas) en que á veces incurren por falta de manual apropiado.

Véndese á 6 reales encuadrado á la media holandesa. Está preparándose la 2.ª edición.

EXTRACTOS LATINOS DE LA HISTORIA SAGRADA, LHOMOND, ordenados y vertidos, al pie de la letra, con traducción libre entre paréntesis, cuando la alteración del sentido y el genio de la lengua castellana de consuno lo requieren.—Precio: 1 peseta.

MARÍA, cuadros de costumbres.—Forma un lindo tomito en 8.º y se vende á 6 rs. en rústica y 8 en plancha.

TRATADO DE URBANIDAD para uso de las escuelas, por don Juan Coriada. Libro señalado de texto por el Gobierno. Edición 52.ª.—Precio: 0'50 pesetas ejemplar y 4'50 la docena.

Para los pedidos dirigirse á D. Francisco Altés, Pelayo, 6 bis.

IMP. DE BERTRÁN Y ALTÉS, PELAYO, 6 BIS.